

LA VIDA DE CONSAGRACIÓN EN EL CAMINO HACIA LA UNIDAD

I. INTRODUCCIÓN

El ecumenismo es una marcha hacia la reconciliación de las Iglesias. Entre los distintos caminos que está recorriendo de cara a la consecución de su objetivo, uno de los más importantes, además del diálogo teológico, de la colaboración interconfesional y del testimonio común, es el de la vida religiosa.

Como es lógico, el reencuentro supone una separación anterior. El acercamiento ha sido precedido de una ruptura. Ruptura en el terreno de la doctrina, de los sacramentos, y también de la vida consagrada. Y en este ámbito concreto de la ruptura eclesial una parte no pequeña le corresponde a los religiosos. Estos ya se hallaron presentes en las rupturas de los primeros siglos, en las del siglo XI y en las que se dieron en el siglo XVI. Además, como efecto de esta última escisión, llegó a desaparecer la vida monástica dentro del protestantismo. Pero, de algún tiempo a esta parte, como las aguas del Negeb, ha reaparecido la vida consagrada en las Iglesias de la Reforma, convirtiéndose este hecho en un dato muy valioso en el camino hacia la unidad eclesial. Es más, religiosas de las distintas Confesiones intentan aportar su granito de arena a la causa de la unidad, tal como aparece en la siguiente exposición sobre los «Encuentros Interconfesionales de Religiosas», que dieron comienzo en 1970, en la Comunidad protestante de Grandchamp (Suiza).

II. PRIMEROS PASOS

Una correría ecuménica, organizada en 1969 por el Centro de las «Misioneras de la Unidad» de Madrid, a través de las Comunidades protestantes de Grandchamp, Darmstadt y Pomeyrol, nos había puesto en contacto con los primeros brotes del monacato femenino dentro del mundo luterano y reformado. Estos grupos de almas consagradas al Señor, que habían surgido, no como una copia de instituciones similares dentro de las Iglesias Católica y Ortodoxa, lo que podría afirmarse de la reaparición del monaquismo dentro de la Iglesia Anglicana, sino como maduración de una reflexión profunda y serena del Evangelio, lo habían hecho un tanto al margen de las Iglesias oficialmente establecidas, sin los cuidados y mimos de sus respectivos pastores, como mera presencia profética de un brote de espiritualidad evangélica dentro del mundo de la Reforma. A los ojos del observador aparecían como flores del campo, llenas de espontaneidad.

Por ello, y por la coincidencia en la vida espiritual, en los deseos de entrega al Señor y en los medios utilizados para llevarla a cabo, bien merecían la consideración, el aliento y el inicio de un diálogo fraterno con las comunidades, numéricamente más fuertes de la Iglesia Ortodoxa y de la Católica. Todas ellas, unas y otras, eran almas consagradas al mismo Señor, con los mismos compromisos y en un idéntico género de vida. Esta coincidencia en lo fundamental rompía en gran parte las barreras confesionales, sobrevolándolas en un esfuerzo de alcanzar cimas y cotas, donde no hay clima propicio a los factores meramente humanos, que tan fuertemente han influido en el hecho de las separaciones. Por ello la vida de consagración, compartida en las diferentes Iglesias, puede considerarse como uno de los caminos más seguros en la marcha hacia la unidad.

Después de no pocos esfuerzos, entre los que hay que destacar el interés del metropolitano Emilianos Timiadis, entonces representante del patriarcado de Constantinopla en el Consejo Ecuménico de las Iglesias (CEI), y del pastor Beng-Thure Molander, responsable del Departamento de Diaconías en el mismo Consejo Ecuménico de Ginebra, se pudo abrir la primera etapa de este itinerario en esa Comunidad de Grandchamp el día antedicho. La fecha había sido

escogida por la Priora de la Casa, sor Minke, quien, en las palabras de saludo que dirigió a las congresistas, dijo que la había elegido precisamente «por ser la fiesta de la *Asunción de María*, particularmente grata a los católicos y, sobre todo, a los ortodoxos».

III. JUSTIFICACIÓN DE LAS JORNADAS

Tres fueron los motivos que empujaron hacia la puesta en marcha de estos Encuentros, plenamente justificados en el momento en que se iniciaron y que continúan teniendo plena actualidad. El primero es el intento de profundizar, desde una óptica común basada en el Evangelio, en el conocimiento de las exigencias de nuestra consagración al Señor y reafirmarnos en los valores de la misma. En segundo lugar, conscientes del carácter de signo que la vida de consagración tiene para el mundo de hoy, queremos presentar a nuestros hermanos cristianos que con nosotros, pero por otros caminos ajenos a los de la vida religiosa, se dirigen a la Patria común, las riquezas que también para ellos supone la vida de consagración.

Es verdad que ésta tiene un mensaje de espiritualidad, que ofrecer al mundo contemporáneo, por ser un signo de las realidades trascendentes. Si siempre la vida religiosa ha sido un «lugar teológico», donde se objetiva la fe y se radicaliza la acción del Espíritu Santo, nuestros coetáneos necesitan de este testimonio, acaso con mayor urgencia que en cualquier otra época de la historia.

Otra de las razones, que nos han impulsado a emprender este camino, y ésta es la motivación principal, es la de aportar nuestro granito de arena a la causa de la unidad de los cristianos. Todas las Confesiones cristianas en el día de hoy están embarcadas en la santa tarea de reconstruir la unidad que Cristo quiso para su Iglesia. Todo el pueblo de Dios debe ser movilizado en esta santa cruzada. En ella deben militar también todas las religiosas que, aun dentro de sus propias Confesiones, a las que deben fidelidad, pueden, no obstante, saborear comunitariamente y ofrecer al mundo expectante las muchas riquezas que tener en común, mediante la misma consagración al Señor con unos mismos compromisos.

IV. CARACTERÍSTICAS DE ESTOS ENCUENTROS

Pensamos que hemos sido fieles a las líneas generales que desde el inicio nos trazamos para los mismos. He aquí sus trazos generales:

Encuentros. Primeramente, encuentros en la oración, es decir, en el misterio de Dios; encuentros de reflexión, de intercambios; encuentros a nivel de mutuas informaciones para mejor conocerse mutuamente y en consecuencia mejor conocer al Otro por excelencia, en quien todos somos uno. Encuentro, en fin, a nivel de la vida cotidiana, en las pequeñas cosas de cada día; pequeñas, pero importantes en la trama de la vida, por el espíritu que las anima. Estas reuniones vienen a ser una experiencia de pobreza en el sentido bíblico de la palabra: la humildad abre las puertas cerradas, decía el padre Couturier. En esta línea, queremos ser de aquellos que creen en la fecundidad del granito arrojado a la tierra.

Nuestra experiencia conoce y ama su pequeñez desde todos los puntos de vista. Pequeñez por el número que siempre hemos querido reducirla, para facilitar los contactos personales; pequeñez, porque a nivel de la eficacia que no se ambiciona, se apoya únicamente en Dios y no en los esfuerzos humanos; pequeñez, porque quiere actualizarse por medio de lo que Couturier llamaba «los medios pobres»: oración, humildad, escucha al otro, rechazo de la publicidad inútil, ausencia de pretensión de tipo doctrinal, pero siempre con la mirada fija en la total fidelidad a su propia Iglesia, en la búsqueda común de lo esencial, que no es una nonada. En una palabra, estos Encuentros quieren ser *encuentros de pobres a la escucha para mejor servir*, recordando siempre que el Evangelio jamás habla de eficacia, sino de fecundidad: «si el grano caído en tierra no muere...».

Sin embargo, es preciso añadir, que tenemos una considerable ventaja sobre cualquier otra iniciativa ecuménica: tenemos un punto de partida común, que es por sí mismo una etapa avanzada en el camino que conduce al Señor de la Unidad. Aun perteneciendo a Iglesias diferentes, en efecto, hablamos todos el mismo lenguaje espiritual, un lenguaje en el cual las palabras claves tienen el mismo sentido para todos, por encima de nuestros respectivos idiomas, nuestras diversas culturas, orígenes, mentalidades. Por esto

queremos ofrecer nuestro granito de arena por el advenimiento de la unidad de la Iglesia, aunque ignoremos la hora. Somos conscientes de que la vida consagrada es como una «punta de lanza», como la proa del ecumenismo en su caminar hacia la unidad. Es signo y el fermento de la misma.

V. ¿DÓNDE VAMOS A INSPIRARNOS PARA ESCOGER LOS TEMAS DE NUESTRA REFLEXIÓN?

Los temas generales que acostumbramos elegir para nuestras reuniones los tomamos del «aquí y ahora», según la frase de Taizé; la geografía y la cronología que según Herodoto son los dos ojos de la historia. El «aquí y ahora», leído a la luz del Evangelio y contemplado desde nuestra condición de personas consagradas al Señor. Este era el procedimiento de Karl Barth para la preparación de la homilía dominical: leer los periódicos del día a la luz del texto bíblico. La historia concreta en que vivimos y el ambiente geográfico en que nos movemos, nos ofrecen, naturalmente, el tema de reflexión de cada año.

VI. UN PEQUEÑO «FLASH» DE NUESTRA HISTORIA

La historia de nuestros Encuentros —una historia que probablemente jamás será escrita en ninguna parte, sí en el Gran Libro de Dios y en los corazones de aquellos y aquellas que tuvieron la gracia de vivirlos—, se inscribe en la gran estela de luz y de fe que es el ecumenismo. ¿Quién será capaz de describir lo que significa conocerse, confrontarse, descubrir siempre más y mejor los unos y los otros los tesoros inagotables de la gracia, los mil caminos de las llamadas del Dios Amor, y la complementariedad fundamental de nuestras pobres respuestas humanas?

Pero, si quisiéramos trazar una pequeña historia de nuestro caminar común, podríamos apelar cada uno al archivo de nuestros propios recuerdos, los que hemos tenido la dicha de poder participar en la mayoría de los Encuentros. Podríamos acudir al archivo general donde se conservan miles de cartas intercambiadas y cantidad de

documentos. Podríamos acudir a la prensa de los lugares donde hemos recalado, o a las revistas especializadas de ecumenismo, que generalmente se han hecho eco de nuestras reuniones, revistas nacionales y extranjeras. Podríamos ir describiendo la geografía de nuestros Encuentros dentro del continente europeo, las Iglesias que nos han acogido, las liturgias en que hemos participado. Los temas sobre los que hemos reflexionado, siempre a tono con la ola ecuménica del momento; las personas verdaderamente notables dentro de la historia del movimiento ecuménico a nivel continental. La gama de sentimientos tan encontrados según los distintos ambientes geográficos, eclesiales o históricos, en que nos hemos hallado, y que han venido a enriquecer nuestro mundo interior y a formar parte de nuestra personalidad.

Nuestros Encuentros se han celebrado 3 en Suiza, en Grandchamp; 4 en Italia: Grottaferrata, Asís, Bose, Montefano; 3 en España, 2 en Ávila y 1 en Valladolid; 8 en Francia: Pomeyrol, Versailles, La Rochette, Les Moints Voirons, Albi, Strasbourg, Toulouse; 1 en Inglaterra, Bristol; 2 en Bélgica: Chevetogne y Male; 1 en Croacia, en Zagreb; 3 en Rumania: 1 en Durau y 2 en Agapia; 1 en Polonia, en Auswitz; 1 en Alemania, y el próximo en Tebas (Grecia).

1. *Los inicios*

Grandchamp (1970)

Ante la imposibilidad de adentrarnos en la rica experiencia que ha aportado cada uno de los Encuentros, nos limitaremos a dar unas simplísimas pinceladas: El primero en Grandchamp escogió como tema de reflexión: *El significado de la vida consagrada hoy*. Huelga hacer el elogio del lugar y de la Comunidad, como lo hace uno de los cronistas de aquellas Jornadas, ya que lo experimentamos cada uno personalmente. Entre los asistentes estaban representadas las cuatro Iglesias Ortodoxa, Anglicana, Reformada y Católica. El grupo ortodoxo era sumamente cualificado, además del metropolitano Emiliano, otros dos monjes rumanos que muy pronto serían metropolitanos, Plamadéala y Vornicescu, la madre Nazaria Nita de Varatec y Pelagia de Ate-

nas. Dentro del mundo de la Reforma hay que destacar al doctor Molander, Secretario para la Misión Diaconal de la Iglesia en el CEI de Ginebra, la doctora Genton, docente en la Universidad de Losanne, además de sor Minke, los anglicanos Paul Wissinger y Geoffrey Courtis; y entre los ponentes católicos, el padre Bonadio, Michalon y mons. Mamie, obispo de Friburgo.

«Damos gracias a Dios —comentaba un cronista ortodoxo— por el amor que nos ha hecho sentir aquí en Grandchamp. Quizá con el tiempo lleguemos a olvidarnos de los temas que se han tratado; pero estará vivo el espíritu de nuestro encuentro. Todos salimos convencidos de que el camino real para llegar a la unidad en el Señor es el camino de la unidad eclesial».

La impresión general del Encuentro primero de Grandchamp queda perfectamente reflejada en lo que una de las participantes manifiesta de sí misma: «Para mí personalmente esta experiencia ecuménica me ha marcado profundamente y ha señalado, lo digo con toda sinceridad, una etapa decisiva en mi vida. Y si digo 'en la actualidad no soy la misma', digo la verdad. Toda mi vida religiosa, mi oración, el sentido de mi consagración, todo ha adquirido un frescor inédito y un nuevo fervor... y pido ardientemente al Señor la gracia de poder trabajar por la causa de la unidad hasta el fin de mis días».

Grotaferrata (1971)

La Casa noviciado de las Franciscanas Misioneras de María de Grotaferrata acogió el segundo encuentro bajo el lema: *La vida consagrada en un mundo secularizado*. En él se notó de un modo especial la presencia italiana, que estaba bien representada por el padre Bonadio, mons. Arrighi, del Secretariado romano para la unidad de los cristianos, sor Mariangela y Enzo Bianchi, laico y fundador de la Comunidad Ecuménica de Bose (Italia). En aquel Encuentro nos asomamos de un modo especial al protestantismo italiano a través de la Iglesia Valdense, representada por dos famosos pastores y teólogos, Escuderi y Mario Sbaffi, presidente éste de la Federación Evangélica Italiana.

La reunión de Grotaferrata tuvo, entre otros, los encantos de la oración interconfesional en las catacumbas de Santa Priscila, con la emoción traducida en lágrimas, por hallarnos en un lugar común, anterior a las separaciones; una jornada entera en Asís aspirando juntos el espíritu de san Francisco a lo largo de la cinta de sus recuerdos. Y luego la participación verdaderamente inolvidable de la audiencia del Papa en Castelgandolfo, el 18 de agosto, al final de la cual Pablo VI descendió de su sitial para acercarse al grupo de las religiosas y hablar personalmente con cada una de ellas.

Gran parte del discurso de aquel día lo dedicó a los trabajos de nuestro Encuentro, del que se hacía eco al día siguiente *L'Observatore Romano*, del que entresacamos algunas cosas: «Entre los numerosos grupos de lengua francesa, que están presentes en este Encuentro familiar de Castelgandolfo, nos sentimos particularmente dichosos al saludar a las religiosas, que han venido a participar en una reunión interconfesional en las Franciscanas Misioneras de María, sobre el tema 'La vida consagrada como servicio'. ¿Cómo no hemos de alegrarnos de vuestro deseo de profundizar juntas en la belleza y esplendor de vuestra vida, consagrada a Dios y a los hombres, como un servicio?».

Las religiosas participantes procedían de Francia, España, Suiza, Inglaterra, Italia, Estados Unidos, Canadá, Japón y Camerún. Se envió una crónica de las Jornadas a todos los patriarcas de las Iglesias ortodoxas, entre ellos al patriarca Atenagoras.

2. *Al calor de Santa Teresa de Jesús*

Ávila (1972. 1982)

Un año más tarde nos reunimos en Ávila, la patria chica de Santa Teresa de Jesús. El nombre de «la Santa» era un reclamo poderoso y augurio de eficiencia en los trabajos de quienes tantas veces han tenido en sus manos los escritos de la Santa reformadora. El tema de las Jornadas era: *La Oración*.

Entre los nombres de las personas que tuvieron intervenciones recordamos los de sor Mado, sor Irene, sor Ionel de las Religiosas de Sión, Mari Paz Irizar, sor Danielle y sor

Arlette. Se oyeron, asimismo, las voces del obispo local, la del Presidente de la Comisión Nacional de Ecumenismo, mons. Antonio Briva y la del cardenal de Madrid, mons. Tarancón, la de los pastores protestantes Poveda y Puchades y la del sacerdote ortodoxo en Madrid, padre Tsiamparlis. Contactos con el pueblo. Desde el primer momento los organizadores de las Jornadas tuvieron el deseo de que éstas tuvieran un «aire de marcha»; como una «cátedra ambulante»; como una oración sembrada por los caminos de Castilla. Por eso se programaron conferencias en Alba de Tormes donde está enterrada Santa Teresa, en Salamanca, Segovia, Ávila y Toledo. Charlas cortas, de ambientación cultural e histórica, de costumbres y modos de ser fueron un elemento valioso para la compenetración profunda a que se llegó en estas Jornadas. Y quizá ésta fuera una de sus notas más destacadas. En la misma línea de aportes al acercamiento psicológico hay que señalar las veladas recreativas, de cantos y danzas, de chistes y ocurrencias, en la que participaron espontáneamente cuantas quisieron, y en la que quedaban desdibujadas las fronteras lingüísticas, nacionales y religiosas.

Las Jornadas terminaron en Toledo, adonde se dirigieron las religiosas invitadas por el cardenal primado de España, mons. Marcelo González, quien les dirigió una alocución sobre el sentido de la vida de consagración y su papel importante en la marcha del ecumenismo. Años más tarde el Encuentro volvió a darse cita en Ávila (1982), bajo el lema: *Un camino común: la oración por la Unidad*.

3. Pomeyrol (1973)

El siguiente Encuentro se celebró en Pomeyrol (1973), bajo el lema: *La mujer consagrada y el ecumenismo*. En él cabe destacar las intervenciones de sor Mariangela della Valle, padre Cirilo Argenti, sacerdote ortodoxo de Marsella, El doctor Terme, de la Iglesia Reformada Francesa y director de la revista *Horizont Protestant*, sor Elizabeth, sor Irene, Georgette, Eliecer, los obispos de Aix en Provence y Nimes, el padre René Beaupère, director del Centro Ecu­ménico de Lyon. Tuvimos ocasión de escuchar a sor Antoinet, fundadora de la Comunidad que nos acogía.

Merecen destacarse las visitas a la Comunidad de Eygalière. Cosa asimismo destacable es la visita al «Museo del Desierto», donde los reformados franceses guardan la historia gráfica de los sufrimientos que durante largos años bebieron a solas, provocados por la acción político-religiosa de sus hermanos los católicos de Francia.

La Comunidad de acogida, corta en número, pero rica en espiritualidad, se desvivió por atender a todos los participantes y cargó con la preparación de la liturgia diaria. Todas cuantas vivieron aquellos días en Pomeyrol los consideraban como un auténtico regalo de Dios. Sin duda que se habían cumplido en sus vidas las palabras que en su carta de saludo dirigía a los organizadores el Cardenal Willebrands: «La presencia en Pomeyrol de almas consagradas, católicas, ortodoxas, anglicanas y protestantes, es un signo de los tiempos, una lámpara encendida sobre el camino que nosotros querríamos ver más frecuentado cada día».

4. *Versalles (1974)*

En 1974 nos dábamos cita en la Comunidad de Diaconisas de Versalles, con la acogida de sor Myriam, para reflexionar sobre el tema de: *La reconciliación*, bajo la guía de tres gigantes del ecumenismo: el pastor Apia, presidente de la Iglesia Reformada Francesa, el padre Desseaux, director del Secretariado nacional de ecumenismo de Francia y del padre Elie Melia, profesor en el Instituto Teológico ortodoxo de San Sergio de París. Los tres ya nos han dejado y nos contemplan desde el cielo. Destacamos, asimismo, las intervenciones de mons. Meletios, exarca del patriarcado de Constantinopla en Francia y del arzobispo de Versalles, mons. Simoneux.

La importancia del tema que habíamos escogido para la reflexión de este año queda suficientemente subrayada por la Carta de saludo que el Cardenal Willebrands dirigía a los participantes: «El tema que ha sido escogido, 'la reconciliación', nos conduce al gran tema que el papa Pablo VI ha asignado para el Año Santo. ¡Tema verdaderamente sensible para las almas consagradas!; desde ahora, sin duda, que está presente en su pensamiento y en sus oraciones.

Otro acontecimiento tendrá lugar en 1975, la V Asamblea del Consejo Ecuménico de las Iglesias, sobre el tema: 'Jesucristo, libera y une'. Estos dos temas, el de la reconciliación y el de la liberación y unidad en Jesucristo, deben encontrar en las comunidades, que han consagrado sus vidas al servicio del Señor y del prójimo, un eco profundo y deben animar su oración».

5. De Bristol (1975) a Asís (1980)

El año de la Conferencia de Nairobi brincábamos a Inglaterra y nos dieron acogida en la Casa de las Hermanas de la Caridad de la Iglesia anglicana en la ciudad de Bristol. También el tema que escogimos para la reflexión de aquel año tenía que ver con la temática de Nairobi: *Vida religiosa y liberación*.

En el rosario de las conferencias de aquel año quedan enhebrados los nombres de los reverendos Gèrerd Corr, Norman Sargen, obispo metodista de la India del Sur, padre Mikol. Fue aquella una maravillosa ocasión para penetrar más profundamente en el espíritu del anglicanismo y captar verdaderamente lo que es la auténtica «pietas anglicana».

El nordeste de Francia nos acogió los años 1976 y 1979 en La Rochette y Les Voirons, para estudiar respectivamente los temas: *Vida religiosa y renovación en el Espíritu* y *La espiritualidad de la violencia*. Eran los años en que soplaba fuerte la renovación carismática que había hecho también acto de presencia en algunos monasterios. Por otra parte, la violencia campaba por sus anchas en todo el mundo. Se estudió detenidamente la temática de la violencia bajo distintos aspectos que fueron expuestos por sor Monserrat, española, Ursula, Eustochia de Agapia, el pastor Eric Fusch, profesor en la Universidad de Ginebra, un monje de Taizé, el metropolitano Emiliano y un servidor.

Grandchamp nos recibió nuevamente el año 1978. En aquel momento nos asomamos al tema: *Vida consagrada y unidad*. Entre los ponentes destacamos la intervención de sor Mariangela, de sor Cécile-Helene, de las Hermanitas de Jesús, el pastor Daniel von Allmen, Secretario del Consejo de la Federación de las Iglesias protestantes de Suiza y el

doctor W. Visser t'Hooft, presidente de honor del CEI y anteriormente secretario general del mismo durante tres decenios.

El año 1980 nos dimos cita en Asís para estudiar: *El espíritu de las Bienaventuranzas*. A la sombra de Francisco de Asís estudiamos las Bienaventuranzas, que fueron expuestas por Claire-Irène de Grandchamp, Elizabeth de Pomeyrol, Julia Esquivel de Latinoamérica, Myriam de la Comunidad Ecu­ménica de Romainmotier, el pastor valdense Scuderi y mons. Arrighi, del Secretariado romano para la unidad de los cristianos. En Asís nos encontramos con una novena Bienaventuranza: «Dichosos los que tienen hambre y sed de unidad, porque ellos serán 'reunidos'».

6. De Chevetogne (1983) a Montefano (1986)

Para estudiar un tema tan importante como: *La liturgia, camino hacia la unidad*, nos reuníamos en el monasterio de Chevetogne en Bélgica. El lugar de este Encuentro es muy apropiado para una reunión que quiere conjugar el tema de la liturgia con la unidad. El monasterio de Chevetogne fue fundado en 1923 por el conocidísimo benedictino Dom Lambert Beauduin con miras a restaurar la unidad de los cristianos. Este proyecto recibió la aprobación del Papa Pío XI, quien por la Carta apostólica *Equidem Verba* de 1924, invitó a todos los monasterios benedictinos a consagrar sus esfuerzos en esa empresa.

La coexistencia de dos tradiciones espirituales y litúrgicas en la misma casa y la composición internacional de su comunidad, hacen del monasterio de Chevetogne un signo profético de la unidad en la diversidad.

Las diversas materias fueron expuestas por el metropolitano Emiliano, el padre Emmanuel Lanne, consultor del Secretariado romano para la unidad, miembro del Comité de «Fe y Constitución» del CEI y director de la revista *Irenikon*. También han participado sor Ursula, de Pomeyrol, madre Heruvina del monasterio de Tiganesti, cerca de Bucarest; Mariangela, Rosa Fernández, de España, Lucía Dumbrava de Pasarea y como estábamos en el V Centenario del nacimiento de Martín Lutero, se había encargado a sor Eva, diaconisa luterana de Versalles, hablar sobre: *La*

oración de Lutero. La Vida religiosa en la tradición anglicana fue el tema largamente tratado por Fray Agustín durante largo tiempo capellán de la comunidad anglicana y en aquel momento novicio en Chevetogne.

Fue interesantísima la última sesión sobre la Asamblea de Vancouver, alrededor de una mesa redonda con la intervención de cuatro personas que habían asistido a esa Asamblea. El debate fue iniciado por el padre Roger Reuse, capuchino y director del Centro Ecuménico de Brujas, seguido por el metropolitano Emiliano que había participado en Vancouver como delegado del Patriarca de Constantinopla; del padre Lanne y por mí mismo que había asistido como «visitador acreditado». Las exposiciones fueron seguidas de un debate muy animado.

Los años 1984 y 1986 volvimos a Italia acogidos por las Comunidades católicas de Bose y de Montefano. En Bose tuvimos la fortuna de encontrarnos con una Comunidad joven, casi recién fundada por Enzo Bianchi. Reflexionamos sobre: *La fuerza unificadora de la fe*, llevados de la mano de sor Ursula (Francia), sor Mariangela (Italia), Eliecer Pérez, directora de las «Misioneras de la Unidad», sor Minke, Georgette de Suiza y, sobre todo, por la intervención de Enzo Bianchi, que nos habló de la conversión interior. Tuvimos la satisfacción de contactar con los obispos de Ivrea y Pinerolo, mons. Petazzi y Giachetti y, muy particularmente, con la comunidad valdense de Pinerolo, escondida en la umbría de plenos Alpes, donde pasó centenares de años al resguardo de los posibles y en no pocas ocasiones reales ataques de los católicos de aquella región.

En el Encuentro de Montefano (1986) hay que destacar la personalidad del padre Andrea Pantaloni, prior del monasterio de San Silvestre, que luego nos ha acompañado a lo largo de varias fases de nuestro itinerario ecuménico. El tema de aquel año fue: *Las mujeres consagradas, testigos del Reino*. Hubo una buena representación ortodoxa de los monasterios de Agapia, Pasarea y Dealu. Nos acompañó mons. Ablondi, presidente de la Comisión Episcopal de Ecumenismo en Italia. La dimensión espiritual del ecumenismo se nos quedó profundamente gravada después de visitar detenidamente el monasterio de cistercienses de Vittorchianno, donde se halla la tumba de María Gabriela Sagheddu, a

quien Juan Pablo II, en el momento de su beatificación, la bautizó con el nombre de «Beata María Gabriela de la Unidad».

7. Zagreb (1985)

El año anterior hicimos una aproximación a tierras de la Ortodoxia, todavía bajo el régimen comunista. Convocamos el Encuentro en tierras de la antigua Yugoslavia, en la capital de Croacia, Zagreb. Y nos atrevimos a afrontar el siguiente tema: *En Cristo ser luz del mundo*.

En el Encuentro de Zagreb, excepto la participación de dos grandes personalidades del mundo femenino, sor Fides de Zagreb y sor Ursula de Pomeyrol, todo lo demás lo acapararon los hombres. Además de los pastores luteranos y reformados de la localidad, escuchamos conferencias del cardenal de Zagreb, Franjo Kuharic, algunos profesores del Seminario, pero sobre todo de personalidades del mundo ortodoxo, como el hieromoino Zectic de Beograd, del metropolitano Jovan Paulovic, mgr. Simeón, obispo de la Iglesia Serbe-Orthodoxe, de mgr. Danilo, vicario de Su Santidad, el patriarca German.

Penetramos en el corazón de la ortodoxia serbia mediante una excursión al monasterio de Gomirja, donde hubo una celebración de la Santa Liturgia con la presencia de tres obispos ortodoxos y la asistencia de varios obispos católicos, que fueron introducidos, durante la celebración, dentro del iconostasio. Fue un encuentro verdaderamente importante ya que nos dijeron que era la primera vez que en la Iglesia de Yugoslavia obispos católicos y ortodoxos entraban en diálogo. Todo ello fue seguido de una hermosa fiesta campestre, llena de fructuosa delectación. Para aumento de nuestra alegría nos llegaron mensajes de apoyo y entusiasmo de parte del cardenal Willebrands y del patriarca de Belgrado, y del de Constantinopla.

8. Agapia (1987)

En 1987 visitábamos uno de los lugares más representativos de la Ortodoxia: el monasterio de Agapia, con 450

monjas dentro de sus muros. En el Comunicado de aquel Congreso se decía que el tema en torno al cual giraron los diálogos fue: *La consagración religiosa*. Providencialmente encontramos al padre Cleopas, famoso entre los espirituales rumanos. Decía: «El amor nos conduce hacia el Padre quien nos reúne en Cristo, dándonos al Espíritu Santo para unirnos con Él».

Cada mañana comenzaba con la Sagrada Liturgia y así, antes del trabajo, nos uníamos a Dios y entre nosotros. Hemos gustado el amor fraterno, la hospitalidad ortodoxa. De esta manera vivimos verdaderamente el «ora et labora». Durante los intercambios, las comidas, las visitas a los monasterios, nos fuimos sensibilizando de la gran experiencia de la unidad, admirados por el fervor, la vitalidad, la piedad de los fieles, de los monjes y monjas, unidos a Dios y unidos a los hombres al anunciar y proclamar la reconciliación universal. «¿No sería ya éste el modelo de unidad pedido por el Señor, puesto que la vida monástica es signo profético del Reino de Dios hacia el que la Iglesia camina y que ya está misteriosamente presente...?», nos preguntábamos.

El gozo de la estancia en Agapia fue tan grande que nos obligó a repetir en aquel mismo monasterio el Encuentro de 1991 para estudiar un tema tan importante como es el enmarcado en el siguiente título: *El deseo de renovación, fruto del Espíritu Santo*.

Volvimos a Bélgica en 1989, al monasterio de Male, cerca de Brujas, para estudiar el tema: *Los Salmos en la vida consagrada*. Aquí captamos la robustez de la fe flamenca a través de varias hermanas y de los monasterios de Bethania, San Andrés y de la Vigne, que visitamos para dialogar con los monjes y monjas. En esta ocasión constatamos, una vez más, la profundidad de «la piedad anglicana» a través de la aportación espiritual de tres hermanas y dos religiosos venidos de Inglaterra.

De nuevo nos hallábamos en España, en concreto en Valladolid el año 1992, reflexionando sobre el tema: *La vida religiosa y la evangelización de Europa*. Esta es una cuestión urgente y práctica para las personas preocupadas por la causa de la unidad, ya que una de las principales dificultades para que la evangelización sea verdaderamente profunda es el estado de división en que se hallan los evange-

lizadores. Sabemos que el ecumenismo nació en Edimburgo a causa del freno que suponía para la eficacia de la evangelización la división de los evangelizadores. El anterior arzobispo de Canterbury solía decir que «el mundo no creyente no aceptará el mensaje de los evangelizadores cristianos hasta tanto que éstos no hablen a una sola voz». Y, al comienzo de una de las Asambleas Plenarias del Episcopado español le oí decir al entonces Nuncio, Mario Tagliaferri, dentro de las palabras de su saludo: «Cuando evangelizamos los cristianos por separado estamos mundializando la división».

El tema del Encuentro de Valladolid estuvo bien preparado y fue bien acogido por la prensa local. Las ponentes fueron muchas y bien preparadas: sor Minke, sor Elisabeth, sor Cecilia de Neam, Jean Marie de Lourdes, Sister Mary de Oxford, Elisabeth Many de Bruxelles, María José Delgado, «Misionera de la Unidad», Filotea de Agapia, Arkangela de Split, Marguerite de Saint-Loup, Samuel Meye de Versailles, sor Katy de Whitby, más Papathanasiou de Atenas y el padre Pantaloni, italiano.

9. Francia (1990. 1993)

Francia ha sido generosa en acoger nuestras sesiones de oración y estudio. En nuestro haber, ya dentro de la década de los años 90, contamos con los dos Encuentros de Strasbourg (1990) sobre : *La oración por la unidad* y de Toulouse (1993) sobre: *Las religiosas, testigos de la paz en el mundo de hoy*.

En la década anterior (1988) celebramos un Encuentro en Albí en el Seminario Mayor bajo el lema: *El hoy de la vida consagrada*, con la visita a las monjas de Dourgne y la abadía de En Calcat, más la celebración oracional en el templo protestante de Castres.

Ya dije antes que nuestros Encuentros han tenido siempre en cuenta las circunstancias de lugar y tiempo. La sensibilidad especial por estas circunstancias era claramente recogida por Pierre Stabenbord, en uno de los periódicos locales que decía: «Por primera vez se ha celebrado en Estrasburgo un Encuentro de religiosas llegadas de diversas partes de Europa», y hacía una breve e interesante

comunicación sobre el Encuentro, diciendo: «En Estrasburgo era normal el evocar la construcción de Europa, ya que las Órdenes religiosas han contribuido a ella desde hace siglos. Su papel fue el de pasar las fronteras; pero su actual preocupación es el mostrar y recordar, por su existencia y manera de vivir, que el »hombre no vive solamente de pan» y que Europa no puede vivir solamente por las decisiones de los tecnócratas. Recordamos al hombre que no es sólo una existencia biológica; estamos allí para recordar a Europa sus raíces, sus valores comunes, espirituales y morales, lo que es permanente».

Esta particularidad de la ciudad de Estrasburgo, en razón del papel que está desarrollando respecto a la construcción de la Europa unida, se manifestó también a través de las recepciones oficiales con que fue obsequiado el grupo. Fuimos recibidos por el Presidente de la Iglesia de la Confesión de Augsburgo y por el arzobispo católico de la localidad. Recepción en el Ayuntamiento por las autoridades del mismo. Visita al Consejo de Europa, con una explicación detallada de las funciones del mismo. Visita al Centro Ecuménico Luterano de la ciudad y recepción en el mismo por su presidente, profesor André Birmelé, bien conocido por los lectores de la revista *Diálogo Ecuménico* por haber participado varias veces en los encuentros católico-luteranos celebrados en Salamanca. Entre los conferenciantes hay que destacar al pastor André Appel, al decano André Benoit y al rabino Claude Lederer, que habló de la unidad del judaísmo a través de su diversidad. El broche de oro lo puso el metropolitano Emiliano con su bella intervención «Construir Europa sobre valores espirituales».

10. Toulouse (1993)

Las religiosas, testigos de la paz en el mundo de hoy. «Este año en Toulouse se celebra el Encuentro de luteranos, ortodoxos y católicos, vestidos de azul, negro o blanco, algunos de seglar, venidos de Rumania, Suiza, España y de otras partes, se reúnen para orar y testimoniar la unidad deseada: Testigos de la paz en un mundo desgarrado». Así comenzaba un artículo del gran rotativo francés *La Croix* sobre el Encuentro de Toulouse (1993).

El ecumenismo militante de los participantes está, a veces, difícilmente concordado con la sutil diplomacia de ligeros adelantos. Necesidad de unidad, sed de paz, dos exigencias que se esperan con impaciencia. «No es el momento en que se resquebrajan los muros, sino el instante en que se escogen los colores para pintarlos», indicaba el padre André Dupleix, rector del Instituto Católico de Toulouse, en un diario de esta ciudad: «Lejos de los debates teológicos de las conferencias diplomáticas, los religiosos han tomado su tiempo para la oración. Intercambios de reflexión y testimonio, compartir las comidas, los ratos de ocio y recreo... les descubren que nada les separa en profundidad». Así lo testimoniaba una participante: «Todo puede decirse, pero con la preocupación constante de no herir al otro».

11. *Auschwitz (1995)*

¿Qué koinonía en un mundo dividido en las Iglesias?
Ya se ha dicho que frecuentemente las circunstancias de tiempo y lugar marcan fuertemente estos encuentros. El del año 1995, en Auschwitz, en aquel campo de exterminio, en que fueron cruelmente masacradas tantas personas por motivos raciales o religiosos. Nuestro Encuentro se desarrolló a doscientos metros de aquel lugar, al que una de nuestras religiosas denominaba como sitio, en el que había campado a sus anchas «el misterio del mal absoluto, el del mal por el mal, que es lo que representa Auschwitz». Aun conservamos en el fondo de nuestro ser la tremenda impresión que sufrimos durante la visita al campo de concentración y la sesión de oración que allí tuvimos para pedir perdón por tantos crímenes cometidos contra el hombre y demandar al Señor el don de la reconciliación. La impresión que tuvimos en aquel lugar de exterminio la describe perfectamente el padre Langa en un interesante reportaje en la revista *Pastoral Ecuμένηca*: «En aquel momento compartimos las tristes experiencias sufridas por Maximiliano Kolbe, Edith Stein y el gran Dietrich Bonhoeffer, mártires los tres junto a muchos otros por la misma causa».

Se celebró una mesa redonda sobre: *Las Iglesias en marcha hacia el Tercer Milenio*. Se escuchó una bella conferencia sobre la *teología de los iconos* a cargo de la religiosa

varsovia, sor Woczjak. Otra del padre Goutagny, secretario del Grupo Ecuménico de Dombes (Francia) sobre *la conversión de las Iglesias, nuestra propia conversión*.

Como es natural, en Auschwitz fue muy numerosa la presencia polaca, tanto entre las conferenciantes como entre las religiosas asistentes. La liturgia ortodoxa fue presidida por el metropolitano Emiliano, quien tuvo además una espléndida ponencia con el título *De la desunión a la unión*. Dirigió la liturgia católica el obispo de Bielko-Biata, quien, a la semana siguiente, recibió en su diócesis a su paisano, el papa Juan Pablo II. En Auschwitz se amplió notablemente el radio de nuestra presencia, al participar por primera vez en nuestros encuentros religiosos de Bielorrusia, Ucrania y Rusia.

12. *El último cuatrienio (1996-1999)*

Los cuatro últimos años de estas reuniones también han estado marcados por el «aquí» y el «ahora» de la problemática ecuménica.

El Encuentro de 1996 se tuvo por tercera vez en Grandchamp bajo el lema: *Aportación de la vida consagrada a la nueva Europa*. Por aquel entonces quemaba en el ambiente el problema de la construcción de una nueva Europa. El encuentro lo abordó de lleno bajo un enfoque ecuménico. «En Europa hoy es necesario reflexionar sobre la aportación de la vida monástica para la renovación del continente. El pasado de la civilización europea es, en gran medida, fruto de la contribución del monacato medieval. Los benedictinos, sobre todo, civilizaron Europa tras las invasiones de los bárbaros». En este tono, que rimaba con el que en su día tuvo en Santiago de Compostela Juan Pablo II, discursó la bella conferencia del metropolitano de Moldavia, Daniel Ciobotea, en la comunidad de Hermanas reformadas de Grandchamp.

Una anécdota curiosa. Los encuentros de religiosas hallan una de sus más bellas vivencias y también de las más tristes, al no poder compartir la eucaristía, en la celebración de la misma. Era el 25 de agosto de aquel año, domingo. El día anterior, sábado, correspondía tener la celebración de la eucaristía de la Iglesia Católica. Las dos Iglesias

utilizan los mismos textos bíblicos para la celebración de la Santa Cena. El Evangelio a proclamar estaba tomado de Mateo 16, referente a la confesión de Pedro. El sacerdote celebrante el sábado hizo su homilía sobre este texto, pero pasó por alto la problemática referente al primado de Pedro y de sus sucesores, los obispos de Roma, sin duda para no herir susceptibilidades. Al día siguiente, en la misma capilla, ante el mismo auditorio interconfesional celebró la Santa Cena uno de los capellanes de la Comunidad protestante, Francois Jacot, profesor de Patrología en la Universidad reformada de Neuchatel. Leyó el mismo Evangelio y no dudó en hacer su comentario en un tono perfectamente compatible con el modo de pensar de la Iglesia Católica en este punto, haciendo alusión a Oscar Cullmann y a von Allmen. Le pedí el texto y se publicó en la revista *Pastoral Ecuménica*. ¡Son maravillosos los pasos del ecumenismo espiritual de cara al acercamiento de las Iglesias!

El Encuentro de 1997 se celebró en el monasterio de Dealu, en los Cárpatos rumanos, con la presencia del metropolitano de Moldavia, Daniel Ciobotea. Hubo muchas intervenciones, como siempre, y también como siempre que las jornadas se han celebrado en Rumania, con la visita a numerosos monasterios ortodoxos para compartir con sus moradoras los anhelos de la unidad. En aquella ocasión destacó la conferencia del reconocido ecumenista y monje de Chevetogne, Michel van Parys: *El monaquismo como medio de inculturación de los pueblos en la historia y en la actualidad*. Las impresiones de estas jornadas podrían resumirse en estas palabras del Comunciado final: «El encuentro ha sido una ocasión magnífica para profundizar en la problemática concreta del ecumenismo y tomar conciencia de nuestra obligación de colaborar en el mismo y de contagiar esta obligación a nuestras respectivas comunidades».

El monasterio de Chevetogne volvió a acoger por tercera vez (1998) el Encuentro de Religiosas y Religiosos bajo el lema, que para toda la Iglesia católica había propuesto dentro de los años preparatorios a la llegada del Tercer Milenio el Papa Juan Pablo II, acomodado a las características de las Jornadas: *El Espíritu Santo, vínculo de unidad*. Voces muy autorizadas se dejaron oír en esta ocasión, el metropolitano Emiliano, padre Emmanuel Lanne, reconocido

ecumenista y consultor del Secretariado romano para la unidad y hasta hace poco director de la revista *Irénikon*, entre otras. Expuso brillantemente la maravillosa historia ecuménica del monasterio su Abad, Dom Philippe Vangerhuden, cuya intervención terminó con una llamada de atención a las religiosas y religiosos presentes: «¿Dónde está nuestro lugar? ¿Seremos nosotros la 'criada para todo' en la tarea ecuménica o bien debemos poner más el acento sobre el carácter monástico de nuestro compromiso ecuménico? Me parece que nuestra vocación consiste en desarrollar la 'dimensión vertical' del compromiso ecuménico. Nuestra oración y nuestro trabajo debieran llegar a ser como la escala de Jacob al final de la cual está Cristo y por donde suben y descienden los ángeles».

Alemania acogió por primera vez los Encuentros en septiembre de 1999 en la Casa de las Hermanas Misioneras protestantes de Bad-Liebenzel, cerca de Suttgardt, al norte ya de la Selva Negra. Una vez más se escogió como tema el marcado en el estandarte de cuantos caminamos hacia el encuentro del nuevo milenio que acomodado a nuestro contexto ambiental, rezaba: *Hijas del mismo Padre*.

También en esta ocasión figuras de gran relieve desde el punto de vista ecuménico pilotaron nuestras reflexiones: el padre Michalon, reconocido y venerado ecumenista; el obispo luterano Klaus Engelhardt; el padre Fernando Rodríguez Garrapucho, profesor de teología en la Universidad de Salamanca y director de esta revista *Diálogo Ecuménico*; el profesor de Estrasburgo Jean-Marc Prieur, vicepresidente de la Conferencia Europea de Iglesias Cristianas (KEK), que habló de las relaciones de este alto organismo europeo con el Consejo de las Conferencias episcopales Europeas de la Iglesia católica (CCEE), de las actividades ecuménicas que conjuntamente realizan ambos organismos y de la preparación de un documento que conjuntamente quieren publicar con el título de *Carta Ecuménica Europea*, que marque las pautas a seguir en el desarrollo de las actividades ecuménicas en nuestro viejo mundo en el inmediato futuro.

En la excursión programada para estas jornadas también se tuvo en cuenta la dimensión ecuménica. Los participantes visitaron la Comunidad de religiosas luteranas de Darmstadt, llamadas «Hermanas de María», la ciudad de

Heidelberg, llena de recuerdos de Lutero y la de Speyer, donde enseñó filosofía la judía Edith Stein, una de las tres mujeres nombradas recientemente por el Papa «patrona de Europa».

VII. CONTINUAREMOS ANDANDO

Este es el camino recorrido. He señalado algunas de las etapas en que ha quedado enmarcado. Los frutos sólo de Dios son conocidos. Pero, en lo que a nuestro alcance llega, podríamos resumirlos en aquella hermosa frase con la que Juan Pablo II comienza la segunda parte de su encíclica *Ut unum sint*: «la fraternidad encontrada»; las hermanas y hermanos que estábamos distanciados nos hemos vuelto a encontrar.

Encuentros en la oración, al habernos ofrecido unas a otras lo específico de nuestra liturgia y lo característico de nuestra espiritualidad. Hemos bebido juntas en la misma fuente: la Palabra de Dios.

Encuentros en la reflexión. Nos hemos escuchados unas a otras aprendiendo los matices específicos dentro de la reflexión de nuestras respectivas Iglesias. Nos hemos enseñado mutuamente y unas de otras hemos aprendido. Pero, juntas de la mano, hemos ido a beber en la misma fuente, la que mana en el único y auténtico Maestro, Jesucristo.

Encuentros en el quehacer de cada día. Además de la cátedra de la oración y de la doctrina, hemos aprendido en el quehacer de cada jornada, tal como alguien lo hacía destacar en el Encuentro de Pomeyrol: «¡También la vida ordinaria tiene su carga ecuménica! Vivir juntas durante unos días en un trasiego continuo de ideas, de gestos, de miradas y de sonrisas, paseando juntas o trabajando juntas en la cocina o disponiendo las cosas en el comedor o sirviendo a la mesa..., todo ello es un capítulo no despreciable en el resultado positivo de estos encuentros. Las cosas pequeñas y sencillas, tan queridas de las personas consagradas, que en tantas ocasiones han visto desfilar años y años de sus vidas desgranadas en un rosario de menudencias, contribuye también al éxito de las jornadas y hay que valorarlas convenientemente a la hora de la acción de gracias».

Y no debemos olvidar la finalidad de nuestras reuniones. Que nuestros Encuentros han nacido del dolor que nos

producen las divisiones eclesiales y del deseo de aportar nuestro granito de arena para superarlas... Y, por ello, a lo largo de este cuarto de siglo de nuestro peregrinar, hemos vivido las vicisitudes que ha sufrido el movimiento ecuménico a nivel de Iglesia universal, tal como se afirmaba ya en el Encuentro de Chevetogne: «Durante las últimas décadas, tan densas en acontecimientos históricos, nuestros encuentros insertados en el movimiento ecuménico, han acompañado con una apasionante participación la marcha y la evolución de todos los esfuerzos, tendidos hacia la constitución de esta unidad que Cristo compró con su Sangre».

Todos hemos vivido la oscuridad progresiva de los horizontes del mundo, después de los años resplandecientes que, sobre todo para nosotros los católicos (aunque no sólo para nosotros) siguieron al Concilio Vaticano II. Los años 60, con los grandes gestos históricos: el viaje de Pablo VI a Jerusalén, el encuentro con el patriarca Atenágoras, la visita del Primado anglicano al Vaticano, el levantamiento de las excomuniones con el Oriente... fueron de alguna manera los «años de la utopía».

Los años 70, con la acumulación progresiva de nuevos nubarrones, disipan muy pronto este clima de euforia, conduciéndonos poco a poco a la pesadez histórica. Fueron, se ha dicho, años de impaciencia, en la prosecución de los jalones que se habían vislumbrado próximos y que, por el contrario, parecían alejarse a medida que se creía obtenerlos ya.

Los años 80, son la expresión de los diálogos interconfesionales sobre la doctrina, con grandes aproximaciones. El año de la Asamblea de Vancouver, el año de Lutero, del Documento de Lima.

En los años 90 hemos asistido a la Asamblea de Canberra, de «Fe y Constitución» en Santiago de Compostela, los años del empuje ecuménico de Juan Pablo II con sus viajes y sus escritos, y de las posibilidades de acción conjunta con ocasión de la llegada del Tercer Milenio del nacimiento de nuestro común Señor, Jesucristo. En el decenio se celebraron, además, las Asambleas del CEI en Canberra (1991) y Harare (1998) y apareció la maravillosa encíclica del Papa *Ut unum sint* (1995). Y en el año que ya está terminando se ha dado un paso notable en el acercamiento con los anglicanos y luteranos en los temas de «la autoridad en la Iglesia» y «la justificación».

Por lo que a nuestro ambiente se refiere hemos visto el acercamiento operado en el camino hacia la unidad, contemplando a sor Minke y al metropolitano Emiliano, participando en el Sínodo de obispos sobre «la vida de consagración», celebrado en Roma, o contemplando a una hermana de Grandchamp, llevando delante del Papa la cruz en el Coliseo de Roma, al ritmo del Vía Crucis redactado por sor Minke a invitación de Juan Pablo II. ¿No es esto verdaderamente admirable?

Como fruto concreto de nuestros encuentros podríamos destacar la peregrinación monástica a Rusia del último año, que por la iniciativa del monasterio de San Elie, ha agrupado a 12 «monjas y monjes» para visitar los monasterios de Rusia y ayudarles espiritualmente y económicamente. He aquí un verdadero camino de unidad entre los cristianos.

Estas y otras son las razones que motivan estos encuentros. No hemos terminado nuestra marcha; estamos en ruta; no sabemos cuál será la hora final de nuestra llegada; ésta pertenece al misterio de Dios. Es por lo que quiero terminar mi exposición como lo hice en Chevetogne: «La unidad es un don de Dios, su obra exclusiva. Es Él quien la hará, quien nos la dará, cuando quiera, como quiera, por los medios que Él quiera. Pero Él quiere, espera nuestra colaboración, la ofrenda ininterrumpida de nuestra oración, de nuestros sacrificios, de nuestro amor. Ninguno conoce esta hora misteriosa de la gracia; pero todos sabemos pertinentemente que esta hora vendrá, puesto que es la Voluntad del Padre y el objeto de la suprema oración de Cristo... ¿Cuál será la pequeña gota que hará desbordar el cáliz de la unidad sobre el mundo?».

MONS. JULIÁN GARCÍA HERNANDO
Director de la revista *Pastoral Ecu­ménica*
Fundador de las religiosas *Misioneras de la Unidad*